



## CAPÍTULO VII.

Gil Blas se restituye á su quinta de Liria; de la noticia agradable que Escipion le dió y de la reforma que hicieron en su familia.

**Q**UO dias fueron los que me detuve en Valencia, gozando del mundo, y viviendo como los condes y marqueses, entretenido en ver comedias, y concurrir á bailes, conciertos, banquetes y tertulias de damas, proporcionándome todas estas diversiones tanto el señor gobernador, como la señora gobernadora, á quienes hice la corte tan cumplidamente, que ambos sintieron mi regreso á Liria, y aun me obligaron antes de marchar á que les prometiera repartir el tiempo entre ellos y mi soledad. Convenimos en que permanecería en la ciudad el invierno, y el verano en mi quinta. Con esta condicion me dejaron en libertad mis bienhechores para que me fuese á gozar de sus beneficios.

Escipion, que deseaba con ansia mi vuelta, se alegró infinito de ella, aumentándose su gozo con la relacion que le hice de mi viage.—¿Y tú, amigo mio, le pregunté, qué te has hecho aquí durante mi ausencia? ¿Te has divertido mucho?—Cuanto puede hacerlo, me respondió, un criado fiel que nada ama tanto como la presencia de su amo. He paseado por todos los puntos de nuestros pequeños estados; y sentándome unas veces junto á la fuente que está en el bosque, contemplaba con particular gusto la claridad de sus aguas tan puras y cristalinas como las de aquella sagrada fuente cuyo estruendo hacia resonar el espacioso bosque de Albunea; y recostado otras al pié de un árbol oía cantar á los ruiseñores y jilgueros. En fin, he cazado, he pescado; pero lo que me ha gustado aun mas que todos estos pasatiempos, ha sido la lectura de muchos libros tan útiles como entretenidos.

Interrumpí con precipitacion á mi secretario preguntándole, dónde

habia hallado aquellos libros.—Los he encontrado, me respondió, en una selecta librería que hay en casa, que me ha enseñado el maestro Joaquin.—¿Pero en qué parte está esa librería? le volví á preguntar: ¿No registramos toda la casa el dia que llegamos?—Así le pareció á vd., me respondió; pero sepa que solamente recorrimos tres distritos, olvidándosenos el cuarto; y allí es donde Don César cuando venia á Liria empleaba una parte de su tiempo en la lectura. Hay en esta librería muy buenos libros que se nos han dejado como un recurso seguro contra el tedio para cuando nuestros jardines, despojados de flores y nuestro bosque de hoja, no puedan preservarnos de él. Los señores de Leiva no han hecho las cosas á medias, sino que han cuidado tanto del alimento espiritual como del corporal.

Esta noticia me causó una verdadera alegría. Hice que me enseñasen el cuarto distrito, en el cual se me ofreció un espectáculo muy agradable. Halléme en una vivienda, que desde luego destiné para mi morada, como Don César la habia escogido para sí. La cama de dicho señor estaba allí todavía con todos los adornos, es á saber: una tapicería que representaba el rapto de las Sabinas. De aquella cámara pasé á un gabinete que tenia estantes bajos al rededor llenos de libros, y sobre la estantería los retratos de todos nuestros reyes. Habia tambien en él, al lado de una ventana, que tenia vistas á una campiña deliciosa, un escritorio de ébano delante de un gran sofá de tafilete negro; pero lo que principalmente llamó mi atención fué la librería. Componíase de obras de filósofos, poetas, historiadores, y gran número de libros de caballería. Conocí que Don César gustaba de estos, en vista de los muchos que de esta clase habia juntado. Confieso, no sin rubor, que yo no era menos aficionado á estas producciones, á pesar de las extravagancias de que están atestadas, ya porque no fuese entonces un lector delicado, ya porque lo maravilloso hace á los españoles muy indulgentes. Con todo eso diré en abono mio, que hallaba mas deleite en los libros de moral recreativa, y que Luciano, Horacio y Erasmo eran mis autores favoritos.

—Amigo mio, dije á Escipion luego que pasé la vista por mi librería, aquí sí que tenemos en que divertirnos; mas por ahora no pienso en otra cosa que en reformar nuestra familia.—Ya le he ahorrado á vd., me respondió, la mitad de ese trabajo. Durante su ausencia he estudiado bien á sus criados, y me atrevo á decir que los conozco perfectamente. Comencemos por el maestro Joaquin: creo que es un bribon completo, y no pongo la menor duda en que le habrán despedido de casa del Arzobispo por algunos errores de aritmética en las cuentas del gasto de cocina. No obstante, es necesario conservarle, por dos razones: la primera por-

que es buen cocinero; y la segunda, porque yo no le perderé de vista, espiaré todas sus acciones, y en verdad que ha de ser muy diestro para podérmela pegar. Ya le he dicho que vd. estaba en ánimo de despedir las tres partes de sus criados, noticia que le turbó y apesadumbró mucho, tanto, que llegó á decirme que, teniendo, como tenia, tanta inclinacion á servir á vd., se contentaria con la mitad del salario que goza al presente, solo por no salir de casa; lo que me hace sospechar que hay en la aldea alguna muchachuela de quien no quisiera alejarse. Por lo que toca al ayudante de cocina, prosiguió, es un borracho, y el portero un insolente que para nada le necesitamos, como tampoco al cazador. El oficio de éste le podré yo desempeñar muy bien, como se lo haré ver á vd. mañana, ya que tenemos en casa escopetas, pólvora y municiones. Entre los lacayos solo hay uno que me parece buen mozo, y es el aragonés. Nos quedaremos con él, y echarémos á los demas que son unos malas cabezas, pues á ninguno de ellos tendria yo en casa aun cuando tuviéramos necesidad de cien criados.

Despues de haber tratado largamente sobre todos estos puntos, resolvimos quedarnos con el cocinero, con el mozo de cocina y con el aragonés, y despedir con buen modo á todos los demas. Así se ejecutó en aquel mismo dia, regalándoles Escipion en nombre mio, ademas de su salario, algunos doblones que sacó del arca del dinero. Hecha esta reforma, emprendimos establecer cierto orden en la quinta, arreglando las obligaciones que correspondian á cada criado, y comenzando desde entonces á mantenernos á nuestra costa. Yo me hubiera contentado con un trato frugal; pero mi secretario, que apetecia los buenos bocados y platos regalados, no era hombre que quisiese tener ociosa la habilidad del maestro Joaquin. La ejercitó tan bien, que nuestras comidas y cenas eran abundantes y delicadas.





## CAPÍTULO VIII.

Amores de Gil Blas y de la bella Antonia.

**D**OS dias despues de mi vuelta de Valencia á Liria, el labrador Basilio mi arrendatario, vino al tiempo en que me estaba vistiendo, á pedirme el permiso para presentarme su hija Antonia, que deseaba, decia él, tener el honor de saludar á su nuevo amo. Habiéndole respondido que en eso me daría mucho gusto, se salió y volvió inmediatamente á entrar con la hermosa Antonia. Creo deber dar este epíteto á una jóven de diez y seis á diez y ocho años, que ademas de unas facciones regulares, tenia unos colores muy hermosos, y los mejores ojos del mundo. Solo estaba vestida de sarga; pero su carboso talle, su aire magestuoso, y unas gracias que no siempre acompañan á la juventud, daban realce á la sencillez de su traje. Tenia la cabeza descubierta, el pelo recogido atras, y un ramillo de flores encima imitando la sencillez de las lacedemonias.

Cuando la ví entrar en mi cuarto me quedé tan suspenso de ver su hermosura como los paladines de Carlo Magno cuando vieron á la bella Angélica. En vez de recibir á Antonia con jovial desembarazo, y decirle algunas cosas lisonjeras, en vez de congratular á su padre por la fortuna de tener tan preciosa y agraciada hija, quedé admirado, turbado, suspenso y sin poder pronunciar palabra. Escipion, que conoció mi turbacion, tomó la palabra por mí, é hizo la costa de las alabanzas que yo debia á aquella amable persona. Ella, á quien no deslumbró mi persona en bata y gorro, me saludó sin cortarse, y me hizo un cumplido, que aunque de los mas comunes, me acabó de encantar. Entre tanto que mi secretario, Basilio y su hija se hacian recíprocos cumplimientos, yo volví en mí, y como si quisiera compensar al estúpido silencio que habia guardado hasta entonces, pasé de un extremo á otro, estendiéndome en discursos obsequiosos, y hablando con tanta fogosidad que Basilio entró en cuidado; y considerándome ya como un hombre que iba á poner en ejecucion quanto le fuese dable para seducir á Antonia, se apresuró á salir con ella de mi cuarto, resuelto quizá á apartarla de mi vista para siempre.

Así que Escipion se halló á solas conmigo, me dijo sonriéndose:—

Otro remedio teneis contra el fastidio de la soledad. No sabia yo que vuestro arrendatario tuviese una hija tan linda, porque nunca la ví, aunque estuve dos veces en su casa. Debe cuidar de guardarla, y en esto le disculpo, porque en realidad es un bocado muy apetitoso; pero añadió, esto creo que no es necesario decírselo á vd., porque á la primera vista le deslumbró.—No te lo niego, respondí. ¡Ah! hijo mio, he creído ver una diosa en aquella criatura: me ha dejado de repente abrasado en amor. El rayo tarda mas en herir que la flecha con que ella ha atravesado mi corazon.

—Mucho gozo me causa vd., replicó mi secretario, en confesarme que al fin ha llegado á enamorarse. Para ser enteramente feliz en la soledad de los campos no le faltaba otra cosa. Ahora sí que gracias á Dios tiene vd. todo lo que ha menester. Bien sé, continuó, que nos costará algun trabajo burlar la vigilancia de Basilio; pero eso corre de mi cuenta, y he de hacer que antes de tres dias logre vd. tener una secreta conversacion con Antonia.—Señor Escipion, le respondí, quizá no podria vd. cumplir esa palabra; fuera de que no quiero hacer esperiencia de ello. Estoy muy distante de querer tentar la virtud de esa doncella, cuyo recato me parece merecer otras consideraciones. Y así, lejos de ecsigir de tu celo me ayudes á deshonorarla, solo deseo que emplees tu mediacion en facilitar mi casamiento con ella, con tal que su corazon no esté ya prendado de otro.—No esperaba yo ciertamente, me respondió, que vd. tomase tan de golpe semejante resolucion. En verdad que no todos los señores de aldea, si se hallasen en igual caso que vd. procederian con tanta honradez, ni se dirigirian á solicitar á Antonia por medios legítimos, sino despues de haber tentado otros inútilmente. Por lo demas, añadió, no crea vd. que desapruero su amor, ni que esto lo digo por disuadirle de su intento, pues al contrario, confieso que la hija del arrendatario es merecedora del honor que vd. quiere hacerle, siempre que pueda entregar á vd. un corazon intacto y agradecido: eso es lo que hoy mismo sabré por la conversacion que pienso tener con su padre, y quizá con ella misma.

Mi confidente era un hombre puntualísimo en cumplir lo que prometia. Fué á verse secretamente con Basilio, y por la tarde vino á mi gabinete, donde yo le estaba esperando entre la impaciencia y el temor. Observé que volvía muy alegre, lo que me hizo pronosticar desde luego que me traía buenas nuevas.—Si he de creer á tu risueña cara, le dije, estoy en que vienes á anunciarme que presto veré satisfechos mis deseos.—Así es, me respondió, mi querido amo, todo le sale á vd. á medida de su deseo: he hablado á Basilio y á su hija del designio de vd. El padre está lleno de gozo de saber que vd. quiere ser su yerno; y puedo

asegurar que sois del gusto de Antonia.—¡Oh cielo! interrumpí todo enagenado de gozo: ¡con que he tenido la dicha de parecer bien á tan amable criatura!—No lo dude vd., me respondió, ella os ama ya, y en verdad que esta confesion no la he oido de su boca, sino que la he inferido de la alegría que ha manifestado al saber vuestro designio. Sin embargo, prosiguió, vd. tiene un rival.—¡Un rival! exclamé poniéndome pálido.—No os inquieteis por eso, me dijo, este rival no os robará el corazon de vuestra dama. Ese tal es el maestro Joaquin vuestro cocinero.—¡Ah ladron! dije entonces soltando una gran carcajada; ve ahí porque ha mostrado tal repugnancia á dejar mi servicio.—Cabalmente, añadió Escipion; dias pasados pidió en matrimonio á Antonia, que le fué negada cortesmente.—Salvo tu mejor parecer, creo que convendrá, le repliqué yo, deshacernos de ese pícaro antes que llegue á saber que quiero casarme con la hija de Basilio; un cocinero, como sabes, es un rival peligroso.—Tiene vd. razon, respondió mi confidente: se le debe echar de casa; mañana por la mañana le despediré ántes que se ponga á disponer la comida; y con eso vd. ya no tendrá nada que temer de sus salsas ni de su amor. Sin embargo, continuó Escipion: no deja de dolerme el perder tan buen cocinero; pero sacrifico mi golosina á la seguridad de vd.—No debes, le dije, sentir tanto su pérdida, porque no es irreparable; voy á hacer venir de Valencia un cocinero que valga tanto como él. En efecto, inmediatamente escribí á Don Alfonso diciéndole que necesitaba un cocinero, y al dia siguiente me envió uno que consoló á Escipion.

Aunque este celoso secretario me habia dicho haber advertido que Antonia allá en su interior se alegraba mucho de haber hecho la conquista de su señor, no me atrevia á fiarme de su relacion, temiendo se hubiese dejado engañar de falsas apariencias. Para cerciorarme de ello, resolví hablar yo mismo á la hermosa Antonia, y á este efecto me fuí á casa de Basilio, á quien confirmé cuanto le habia dicho mi embajador. Este buen labrador, hombre sencillo y franco, despues de haberme escuchado, me aseguró que me concedia su hija con una indecible satisfaccion; pero no piense V. S., añadió, que se la doy porque es señor de este lugar; aun cuando no fuera V. S. mas que mayordomo de Don César y de Don Alfonso, le preferiria á todos los demas amantes que se presentasen, porque siempre le he tenido grande inclinacion; y lo que mas siento es que mi Antonia no tenga una dote considerable que ofrecerle.—No le pido ninguna, le dije; su persona es el único bien á que aspiro.—Doy á V. S. mil gracias, exclamó; pero no es esa mi cuenta: yo no soy ningún descamisado para casar así á mi hija: Basilio de Buentrigo tiene, á Dios gracias, con que dotarla, y quiero ella dé á V. S. de cenar si V. S. le da de comer. En una palabra, las rentas de esta quinta no esceden de

quinientos ducados, y yo haré que lleguen á mil en gracia de este matrimonio.

—Pasaré por cuanto quisieres, mi amigo Basilio, le respondí, y nunca reñirémos por materia de intereses: supuesto que los dos estamos de acuerdo, solo se trata de obtener el consentimiento de tu hija.—V. S. tiene ya el mio, me dijo, y este ¿no basta?—No, le respondí; si el tuyo me es necesario, el de ella lo es tambien.—El suyo depende del mio, repuso él, y no se atreverá á resollar en mi presencia.—Antonia, le repliqué, sumisa á la autoridad paternal, sin duda estará pronta á obedecer ciegamente; mas no sé si en esta ocasion lo hará sin repugnancia, y por poca que tuviese, nunca me consolaria de haber sido causa de su desgracia: en fin, no me basta que me des su mano, sino que es necesario que su corazon no lo sienta.—¡Qué diantre! Dijo Basilio, yo no entiendo todas esas filosofías; hable V. S. mismo con Antonia, y verá, si mucho no me engaño, que nada apetece mas que ser vuestra esposa. Dicho esto, llamó á su hija, y me dejó un momento á solas con ella.

Para no malograr tan preciosos instantes, fuí desde luego al asunto:—Bella Antonia, le dije, decide de mi suerte; aunque tengo ya el consentimiento de tu padre, no creas que quiero valerme de él para violentar tu gusto. Por dulce que me sea tu posesion, yo la renuncio si me dices que no la he de deber sino solamente á tu obediencia.—Eso es, señor, me respondió ella, lo que nunca os diré; vuestra solicitud es para mí tan grata que jamas podrá causarme pena, y en vez de oponerme al consentimiento de mi padre, apruebo su eleccion. No sé, prosiguió, si hago bien ó mal en hablaros de este modo; pero si no me hubierais agradado, seria bastante franca para decíroslo: pues ¿por qué no podré declararos lo contrario con la misma libertad?

Al oir estas palabras que no pude escuchar sin quedar enagenado, hiqué una rodilla en tierra delante de Antonia, y en el exceso de mi alegría, tomándole una de sus hermosas manos se la besé con ademan tierno y apasionado.—Mi amada Antonia, le dije, tu franqueza me hechiza: continúa; no te violentes por nada, pues hablas á tu esposo: lea yo en tus ojos lo que pasa en tu corazon, para que pueda lisongearme de que no verás sin complacencia estrecharse tu suerte con la mia. Á esta sazón entró Basilio, y no pude proseguir. Deseoso éste de saber lo que su hija me habia respondido, y dispuesto á reñirla si me hubiese manifestado la menor aversion, volvió prontamente á reunirse conmigo.—Y bien me dijo, ¿está V. S. contento con la respuesta de Antonia?—Lo estoy tanto, le respondí, que desde este momento voy á ocuparme en los preparativos de mi casamiento; y dicho esto, dejé á padre é hija para ir á celebrar consejo sobre el asunto con mi secretario.